

**Jacobo, B.; Hernández, M.; Brogna, P.; Cruz, R. y
Ramírez, T. *Heterotopías. Inclusión: prácticas y
perspectivas emergentes*. México: UNAM, 2024, 310 pp.**

RUBÉN SÁNCHEZ MUÑOZ¹
UPAEP, Universidad
ruben.sanchez.munoz@upaep.mx

SARA VANESSA MARÍN ÁLVAREZ²
UPAEP, Universidad
saravanessa.marin@upaep.edu.mx

El libro *Heterotopías. Inclusión: prácticas y perspectivas emergentes* reúne catorce capítulos elaborados por investigadores e investigadoras de distintos países iberoamericanos. Su propósito es ofrecer una mirada crítica y diversa sobre la inclusión en ámbitos como la educación, la cultura, la economía y la vida cotidiana. El concepto de “heterotopía”, retomado de Michel Foucault, funciona como eje central: estos espacios permiten que las realidades culturales sean “a un tiempo representadas, impugnadas o invertidos” (p. I). La inclusión no es un espacio objetivo ni lineal, sino un ámbito complejo donde conviven tensiones, disputas y oportunidades.

La propuesta de la obra parte de una premisa sencilla pero poderosa: hablar de inclusión es hablar de la vida misma. La discapacidad no puede entenderse como un tema aislado que afecta sólo a quienes la viven en primera persona, sino como una experiencia que nos interpela a todos, porque refleja cómo concebimos la justicia, la igualdad y la diversidad. Al mismo tiempo, la obra muestra que la inclusión no es una tarea que pueda cerrarse con una

¹ ORCID ID: <https://orcid.org/0000-0002-3010-5810>

² ORCID ID: <https://orcid.org/0009-0009-0947-0352>

Recepción del original: 18/12/2025
Aceptación definitiva: 20/12/2025



This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License

ley, un programa educativo o una política pública; es un proceso que se construye día a día, con avances y retrocesos, y que involucra no solo a las instituciones, sino también a las familias, las comunidades y la cultura en general. Por ello, se invita a que este trabajo “impulse a la reflexión, interpelación y transformación en nuestros espacios de vida” (p. II).

A lo largo de la obra, se exploran experiencias históricas, sociales y pedagógicas que muestran cómo la inclusión se construye en distintos escenarios. Por ejemplo, el capítulo inicial rescata la historia del asociacionismo sordo en México y evidencia que los primeros esfuerzos no dependieron del Estado, sino de la organización comunitaria. Las personas sordas de inicios del siglo XX no esperaron caridad ni favores, sino que decidieron organizarse en asociaciones y sindicatos, luchar por alfabetización, acceso al trabajo y reconocimiento social. Este relato no solo tiene un valor histórico, sino que también nos recuerda que la inclusión no es algo que se concede desde arriba, sino un derecho que se conquista desde abajo. “Dignificación del sordomudo. Trabajo y disciplina” (p. 6) es el lema de la Federación.

Otros capítulos abordan figuras clave como la de Anísio Teixeira en Brasil, El autor postulaba que, sin una escuela pública efectiva, la “democracia é ainda uma palavra vã” (p. 35). Su experiencia demuestra que hablar de inclusión educativa no es hablar únicamente de métodos pedagógicos, sino también de estructuras políticas y sociales. Si la escuela no garantiza igualdad de acceso, difícilmente se puede hablar de una sociedad democrática. De ahí que este capítulo dialogue con otros del libro, reforzando la idea de que la inclusión no es un campo aislado, sino un tema que atraviesa la vida política y cultural.

También se presentan reflexiones filosóficas, como la de Asun Pié Balaguer, que coloca la vulnerabilidad en el centro del debate. Su propuesta consiste en entender que todos los seres humanos somos vulnerables, y que lejos de ser una debilidad, esa condición compartida puede convertirse en una fuerza política para transformar la sociedad. Pié Balaguer argumenta que la fragilidad y la vulnerabilidad son la condición instituyente de lo humano. El problema aparece cuando el capitalismo y el prejuicio convierten esa vulnerabilidad en un motivo de exclusión, etiquetando a las personas con discapacidad como “menos aptas”. El libro nos invita, a través de este y otros capítulos, a replantearnos cómo vemos la fragilidad, cómo la valoramos y cómo puede convertirse en una base de solidaridad. Con los avances tecnológicos “la exclusión operará en otros marcos y por otras razones” (p. 58).

El texto también se adentra en expresiones culturales y artísticas, mostrando que la inclusión no ocurre únicamente en la escuela o en la política, sino también en espacios donde se construyen imaginarios y emociones. El capítulo sobre la obra teatral “Madre de azúcar” es un buen ejemplo. Aquí

se narra la historia de una joven con discapacidad intelectual que desea ser madre, y que se enfrenta a una sociedad que le niega ese derecho. Diálogo de la protagonista: “A mí no se me nota en la cara, que tengo discapacidad” (p. 100). El teatro, en este caso, se convierte en un escenario donde se revelan los prejuicios más íntimos y donde se invita al público a ponerse en el lugar del otro. La obra no ofrece respuestas fáciles, pero abre preguntas fundamentales: ¿quién decide lo que una persona puede o no puede hacer con su vida?, ¿hasta dónde llegan los límites impuestos por el capacitismo en cuestiones tan personales como la maternidad? Se plantea que la obra, como acto de resistencia, es una invitación a comprender “identidades sociales devaluadas, las cuales... no le son en realidad tan ajenas” (p. 93).

De manera similar, la música aparece en otro capítulo como un terreno de discusión y liberación. A menudo se cree que para ser músico es necesario tener un cuerpo “apto”, capaz de tocar un instrumento con precisión o de dominar ciertas habilidades técnicas. Sin embargo, el texto plantea que la música no es un privilegio de unos pocos, sino una práctica colectiva en la que todos pueden participar. Hacer música no se trata de cumplir un estándar físico, sino de compartir una experiencia, de escuchar y ser escuchado. “El cuerpo es tal debido a su apertura al otro, al vínculo subjetivo” (p. 156). Esta visión rompe con la idea de que la discapacidad es un límite insalvable, y la transforma en una oportunidad para imaginar formas distintas de hacer arte y de relacionarse con los demás.

La dimensión digital aparece también en el libro como un espacio donde la inclusión se pone en juego. Uno de los capítulos analiza el meme como herramienta pedagógica y de reflexión crítica. Aunque a primera vista los memes parecen ser solo una forma de humor rápido, aquí se muestran como un vehículo para expresar experiencias de inclusión y exclusión. Soto Rodríguez (2024) plantea que los memes permiten interpelar las formas hegemónicas y generar nuevas “ecologías del aprendizaje”.³ En un contexto universitario, los memes creados por los estudiantes permitieron cuestionar políticas, contar historias personales y abrir debates sobre la vida de las personas con discapacidad. Lo digital, por tanto, se presenta como un nuevo escenario donde se negocian los sentidos de la inclusión, un lugar donde la creatividad y la crítica pueden convivir.

La inclusión laboral es otro tema que se aborda con fuerza. El capítulo dedicado a la economía social y solidaria pone en el centro experiencias de cooperativas y fundaciones que han logrado abrir espacios de trabajo para personas con discapacidad. Estos casos muestran que la inclusión en el mundo laboral no consiste en “adaptar” a la persona a un sistema hostil, sino en transformar el sistema para que reconozca y valore la diversidad. Sin embargo, el texto

³ Soto Rodríguez, 2024.

también deja claro que este camino no está libre de obstáculos: falta de apoyo institucional, prejuicios del mercado y la idea persistente de que la productividad está por encima de la dignidad humana. Una vez más, la inclusión se muestra como un terreno con avances y resistencias, con logros importantes, pero también con desafíos pendientes. El texto subraya la importancia de “revisar el estatus epistémico desde el cual se emplaza el acto inclusivo” (p. 80).

Además de estos temas, el libro dedica varios capítulos a la educación y la formación docente. Allí se insiste en que los maestros no solo transmiten contenidos, sino que modelan actitudes, valores y formas de convivencia. Se propone “establecer compromisos de responsabilidad frente a un bien compartido, expresado en definitiva en la relación que se entreteje día a día en la comunidad educativa” (p. 260).

También se presentan casos de resiliencia en familias y escuelas, donde la inclusión se vive como un proceso colectivo en el que participan niños, padres y maestros. Incluso se analiza el caso de niños con autismo, mostrando que la inclusión escolar no puede reducirse a una receta universal, sino que requiere sensibilidad, escucha y flexibilidad para atender trayectorias individuales. Rivera Arguello invita a los agentes educativos a escuchar al otro, a ver a los niños en su trayectoria.

La riqueza de la obra radica en su pluralidad de voces y enfoques. Cada capítulo se aproxima a la inclusión desde un ángulo distinto, pero en conjunto ofrecen una mirada amplia y coherente. La obra se construye como un “saber colectivo... como un proceso dialógico donde confluyen voces” (p. X). Esa honestidad le da fuerza, porque permite ver la inclusión tal como es: difícil, conflictiva, pero al mismo tiempo necesaria y transformadora.

Como todo trabajo colectivo, algunos capítulos destacan más que otros en su profundidad o en la claridad de su propuesta, pero en conjunto el volumen se mantiene sólido y bien articulado. El eje común (mostrar que la inclusión no es un regalo ni un gesto de benevolencia, sino una conquista social) le da coherencia a toda la obra. Los textos, como bien se indica, “abonan a la creación de conocimiento y generan puentes... sobre la alteridad y la inclusión” (p. X).

Finalmente, *Heterotopías. Inclusión: prácticas y perspectivas emergentes* es un aporte significativo para quienes buscan repensar la inclusión más allá de los discursos oficiales. Sus páginas nos invitan a mirar la diversidad como una oportunidad de transformación colectiva. El desarrollo del conocimiento con la diversidad “no puede ser un acto unidireccional” (p. 306). Es un libro que no ofrece soluciones cerradas, pero sí preguntas fundamentales, y quizá en esas preguntas radique su mayor valor: en recordarnos que la inclusión no es un destino fijo, sino un camino compartido que nos desafía a todos.